

vivimos en una época de debilidad general. Todo el mundo teme las molestias. El pueblo descuida la ley; los superiores espirituales duérmense; la hija de Sión busca todas sus comodidades». ⁽¹⁾

Si esas almas ricas de Dios hablaban de tal modo de su tiempo, ¿qué diremos entonces del nuestro? Seguramente ese país que no produce sino corazones afeminados, es el en que vivimos. Ese tiempo afeminado, en el cual cada uno teme molestarse, es el nuestro. Nuestra señal característica es la molicie. De esta manera educamos á la juventud. Debe estudiar divirtiéndose. Ahórrasele cuanto es posible todo lo que sea duro y desagradable. No se le enseña siquiera á violentarse, á practicar la abnegación. Así crecemos y envejecemos, incapaces de practicar las cuatro artes más indispensables de la vida: el sacrificio, la paciencia, el sufrimiento y el dominio personal. Gozar es nuestra única aspiración. Privarnos, someternos, tener paciencia ó llegar hasta negarnos algunas satisfacciones, son palabras cuya sola vista nos hiere.

¿No es esta una época afeminada? ¿No son estos corazones afeminados?

¿Si tan sólo pudiéramos decir que la Iglesia de Dios no los vió jamás parecidos! Mas cuando se considera su situación actual, ¿en dónde se halla el espíritu de penitencia? ¿en dónde el espíritu de mortificación? ¿Quién habla de eso todavía entre nosotros? ¿Quién se atreve aún á predicar sobre tal cosa? ¿Cuántos confesores y directores insisten todavía en eso, en la dirección de las almas? ¿Por do quiera la flojedad en el espíritu de penitencia, por do quiera la molicie y las contemplaciones!

¿Acaso no hay cosa, incluso el noviciado de la vida eclesiástica, que no deba hacerse divirtiéndose? No sabemos soportar el ayuno; creemos que nos podemos eximir de las obras de penitencia. Es enteramente como si hubiésemos descubierto nuevo evangelio, en el cual se dijese: «Bárbaros eran los tiempos en los cuales el reino de Dios sufría

(1) Hildegard., *Ep. 94 ad Clerum Trevir.*

violencia. Desde que la instrucción hízose tan grande, desde que el mundo mira con horror las austeridades de los santos, todo eso ha cambiado. Actualmente, no tenéis necesidad de tomar á Jesucristo como modelo. Basta que os lo representéis como un joven cubierto de flores, como un niño jugando entre lirios, como maestro de cómoda piedad, que guarda miramientos al corazón y no hace violencia á la carne».

De hecho, pudiérase creer que nueva revelación de esa especie ha ocurrido, cuando se abren ciertos libros piadosos de donde se exhalan los más suaves olores, ó se da una ojeada á esos millares de imágenes religiosas con las cuales tratamos de estimular nuestra imaginación y nuestro corazón. Trátase únicamente de palomas que se besan y arrullan, de rosas, lirios, miosotis, cogines de terciopelo, coronas de flores y collares de perlas. Difícilmente se verá traje de penitencia, unas disciplinas, el cáliz de amargura; y mucho tiempo haría falta para encontrar una imagen seria, impresionante, conmovedora, del Redentor, derramando sudor de sangre, flagelado, coronado de espinas, llevando su cruz, y crucificado. ⁽¹⁾

No debemos hacer sobrados cargos á un moderno acusador de la Iglesia, cuando dice: «Ella y sus sacerdotes no toman en serio el cielo. Su poesía carece de gravedad, y le falta la fuerza del dolor. El culto de Dios calcúlase tan sólo de manera que sorprenda á la imaginación y satisfaga á la sensibilidad. Sábese hablar á propósito de la nada del mundo en términos convenientes, lo cual no impide saborear sus goces cuando se presenta ocasión». ⁽²⁾

Ese hombre tiene razón, si quiere hablar de nosotros. Hemos merecido justamente que se nos eche eso en cara.

(1) Un médico que, no obstante, murió en bien merecida reputación de alta virtud y rara piedad, me dijo que, después de su conversión (era incrédulo), había buscado por medio mundo, sin escatimar gastos, un retrato del Salvador que le representase toda la profundidad de los sufrimientos que había padecido por nuestra salvación, y sólo después de muchos años había encontrado uno en Nápoles.

(2) Julian Schmidt, *Geschichte der Romantik*, I, 47 y sig., 51, 71.

Que se equivoque haciendo á la misma Iglesia de Dios ese grave reproche, no es culpa de ella, sino nuestra. Pues tornámonos la piedad tan cómoda, que alguien que se pare tan sólo en la superficie de las cosas, pudiera creer que el espíritu de la Iglesia hízose tal.

Pero no, no. No es así el espíritu de Jesucristo, no es tal el espíritu de la Iglesia. Eso es una falsificación. Y precisamente para apropiarnos ese espíritu,—por otra parte no se da sin él salvación—debemos practicar de nuevo la mortificación y la renuncia personal.

Jesucristo es el mismo ayer, hoy y eternamente. ⁽¹⁾ Si, en pasados tiempos, no se daba salvación sino participando de la cruz de Jesucristo, no se da actualmente tampoco fuera de la imitación de Jesucristo crucificado. Solamente imita á Jesucristo quien le sigue.

Pues bien, ¿qué fué su vida entera sino renuncia personal y personal abnegación? Luego inútil es que nadie se lisonjee de seguirle si se esfuerza en hacerlo por distinto camino que este.

Darse exteriormente apariencias de practicar una de las santas acciones de Jesucristo, seguirle hasta la Cena, y abandonarle tan luego entra en el Huerto de las Olivas, eso no es lo que se llama revestirse de Jesucristo. Para eso, necesario es, como dice el Apóstol: «llevar en sí la mortificación de Jesucristo». ⁽²⁾

La mortificación ó la abnegación personal son, pues, la ley propiamente dicha de los servidores de Dios, ⁽³⁾ y la señal característica de los verdaderos discípulos é imitadores de Jesucristo. ⁽⁴⁾

Desgraciadamente esa señal resulta casi borrada por culpa nuestra. Si actualmente el cuerpo de Jesucristo en la tierra resulta tan débil, consiste en que sus miembros han conservado en sí muy poco de un elemento de vida

(1) Hebr., XIII, 8.

(2) II Cor., IV, 10.

(3) Nieremberg, *Doct. ascet.*, 3, 28.

(4) Weiss, *Die relig. Gefahr.*, (3), 361 y sig.

muy importante, la mortificación. Y si el mundo no tributa mayor respeto á Nuestro Señor, es porque, diríase, es incapaz de inspirar á los suyos la fuerza de hacerse violencia.

¡Puedan, pues, todos lo que todavía conservan un resto de celo por el honor de Jesucristo levantarse, y mostrar que su antiguo espíritu obra siempre en sus miembros! Puedan trabajar en la realización de la predicación de santa Hildegarda, cuando, á las quejas que acabamos de referir, añada estas consoladoras palabras: «Después de esa época afeminada, llegarán tiempos viriles. Ocurrirán entonces grandes guerras y grandes combates. Los hombres no serán como niños insensatos, que no piensan sino en fútiles entretenimientos. Veránse hombres vigorosos. Severa disciplina y el temor de Dios volverán á reinar, y muchos seglares vivirán como santos. Esa aspiración á la santidad persistirá largo tiempo. El clero será modelo de todas las virtudes. La salud, el vigor y la fuerza reinarán en el pueblo de Dios, hasta tal punto que se verán numerosos mártires de la fe. ⁽¹⁾

6. La mortificación como elemento de muerte en la vía purgativa.—Mas para que tal suceda,—si alguna vez eso debe suceder,—necesitamos decidirnos á llevar de nuevo una vida más formal, y á practicar una austeridad mayor. Pues tal como actualmente somos, no podríamos soportar las pruebas que á Dios le plazca enviarnos. Y, para llegar á tal resultado, necesario es ante todo, que, mediante la mortificación, formemos una generación vigorosa.

La mística católica emplea con intención la palabra *mortificación* y la palabra *muerte*. Expresándose así, conservó desde el principio su reputación de moderada y reflexiva; previno todas las exageraciones que con frecuencia se manifiestan en ese terreno.

Nunca debe debilitarse la naturaleza, hasta el punto de enervarla y despojarla de todo impulso. ⁽²⁾ Semejante

(1) Hildegard., *Ep.*, 94.

(2) Phil. a S. Trinitate, *Myst.*, l. tr. 2, d. 4, a. 1.

intento sería orgullo y locura, y produciría enteramente lo contrario del resultado al cual se querría llegar. Las más de las veces el exceso y la inteligencia vénganse por ese lado con una caída en la esclavitud de la carne. No somos ángeles, y en esta vida, jamás llegaremos á igualar á los espíritus bienaventurados. Por lo cual debemos soportar con humildad y paciencia las necesidades de nuestra naturaleza sensible, y hacer lo que podamos para ahorrarnos las luchas de las cuales ella es causa. Pero no debemos intentar sustraernos á eso aplastándola.

Ni los santos han procedido de esa suerte. Practicaban austeridades que nos espantarían y á las cuales sentíanse movidos por un impulso particular de Dios, para probar, con su ejemplo, á una época afeminada, lo que puede el hombre cuando seriamente quiere, y para cumplir en su carne inocente lo que el mundo culpable descuida, ¡ay! con sobrada frecuencia. Pero no aborrecían su naturaleza. ⁽¹⁾ San Bernardo, que, en el celo impetuoso de una juventud inexperta, había practicado durante algún tiempo excesiva dureza consigo mismo, resume la doctrina referente á la mortificación en este principio inatacable como quiera que se le mire: «En la vida natural, debemos la salud al cuerpo, y al corazón la pureza. En la vida sobrenatural, el cuerpo, según la frase del Apóstol, ⁽²⁾ debe imponerse suficientemente mortificaciones para que, en todas sus acciones, el espíritu y el corazón sean sacrificio puro y agradable á Dios». ⁽³⁾

Pero si una prudencia de vida reflexiva—y la ascética del Catolicismo lo es eminentemente—rechaza toda exageración malsana, no se sigue de ahí en manera alguna que sea preciso sostener las consideraciones respecto de la carne. «No os cuidéis de la carne, de suerte que excitéis el deseo». ⁽⁴⁾

Lo que rechazamos, es el intento de matarla. Lo que

(1) Hugo a S. Charo, *In Eph.* 5, 29.

(2) I Cor., IX, 27.

(3) Bernard., *Div. sermo* 16, 2, 3.—(4) Rom., XIII, 14.

predicamos, es la mortificación. En cosa tan seria como la vida, y tratándose de alcanzar nuestro fin eterno, las futilidades no vienen á cuento. No se trata de atentar contra la vida, trátase únicamente de libertarla de los obstáculos que la perjudican.

Ninguna mala hierba muere por sí misma, y la del alma todavía menos que las otras. El fruto de la perfección no brota por sí solo. Trátase de arrancar constantemente las zarzas y las espinas que tienden á sofocarlo, de remover sin cesar, con bien cortante azada, el suelo sobre el cual se halla plantado el árbol que lo da, de librarle de las orugas y gusanos que amenazan roerle. Cuanto se perdona en caso semejante, es en perjuicio del magnífico arbolillo que el celestial jardinero plantó con su propia mano, y regó con su propia sangre; y á medida que el árbol crece, el trabajo aumenta. Trátase entonces de hacer que suba derecho, de obligarle, de sacarle los jugos dañosos, de cortar las ramas superfluas. Hay siempre algo que hacer.

Con frecuencia parecería que el árbol debe morir bajo la dura mano que le cuida. Mas cuando llega el otoño, y el jardinero presenta en la mesa del amo el fruto que hizo crecer, éste muéstrase satisfecho, y él mismo resulta resarcido de todos sus trabajos.

He ahí una imagen de la vida espiritual. Quien se presta consideraciones, no hace más que prestárselas á sus enemigos. Quien no tiene siempre á mano la podadera de la mortificación, vese en constante peligro de hallarse invadido por las malas hierbas, y ahogar el plantío de Dios.

Ó damos muerte á nuestras malas pasiones, ó ellas nos matarán. Y como no podemos matarlas nunca por entero, necesario es por lo menos que las debilitemos hasta tal punto, que no puedan ellas darnos muerte.

Así se halla explicada la primera tarea de la mortificación.

Muy pronto veremos que hay todavía otras. Mas aquí

hablamos únicamente de aquellas que debe llenar en el comienzo de la vida espiritual, en la vía purgativa, en el sentido propiamente dicho de la frase.

En el presente caso, no debe ahogar el vigor natural, sino libertar á la naturaleza, y hacer lugar á lo sobrenatural. Debe primeramente suprimir la exuberancia de las pasiones que llevan al mal; además, apartar de la carne cuanto es propio para favorecer la concupiscencia; en tercer lugar, refrenar y moderar los instintos naturales que llevan fácilmente á cometer excesos, cuando su poder no se halla contenido, y, por último, en cuarto lugar, destruir los focos de egoísmo, pues, que sin eso, resulta de ahí esa gusanera de todo género que devora toda nuestra labor. ⁽¹⁾

Tal es la mortificación que se requiere en la primera etapa dentro del camino de la perfección, llamada vía purgativa.

7. Tres especies de mortificación: mortificación material, mortificación de los sentidos y mortificación espiritual.—De lo que acabamos de decir, claramente resulta que la mortificación mira á lo interior y no á lo exterior.

Es principio que no se recomendará nunca con bastante insistencia. Quienes desprecian la mortificación y quienes de ella abusan, parten del funesto error de que no tiene otro objetivo que encarnizarse contra la naturaleza sensible. ⁽²⁾ Pues bien, por ahí dejan ver que no tienen la menor noción de la mortificación.

No es la naturaleza á quien se debe dar muerte, ni siquiera á lo que hay de animal en la naturaleza, sino el mal en ella introducido. No se trata de perseguir á la carne, sino de purificar el alma. Los rigores empleados contra la naturaleza sensible son únicamente medio para lograr

(1) Cf. Weiss, *Die Kunst zu leben*, (5), 77 y sig., 221 y sig.

(2) Aquí está la explicación de la horrible expresión de Murisier (*Les maladies du sentiment religieux*, 45) de que la ascética es el complemento natural de una religión, que, incapaz de domar las pasiones, cree haber cumplido su deber castigando por lo menos las pasiones indomadas. Cf. más abajo, n. 10 y Weiss, *Die Kunst zu leben*, (5), 94 y sig.

el fin. Pues bien, ese fin consiste en lanzar del alma cuanto para ella es obstáculo que la impida llegar á la pureza y á la perfección. En aquello en que la naturaleza sensible no es un peligro para el alma, la mortificación puede inmediatamente perseguir su fin propiamente dicho: la purificación del alma. Cuando, pues, Dios ha revestido ya al cuerpo con su invisible vestido de penitencia, formado por la enfermedad, por la pobreza, ó por el trabajo penoso, la mortificación física suprímese por sí misma. En este caso, todo director discreto, no solamente no impelerá á eso, sino que más bien apartará de ello.

Mas allí en donde la naturaleza animal hace correr los mayores peligros al alma, quienquiera que tome á pechos la salvación del hombre, insistirá de la manera más apremiante para que emplee severa disciplina con su naturaleza sensible. ⁽¹⁾ Hay en esto una exigencia de la simple razón y de la experiencia. Impónese de tan indiscutible manera, que San Alfonso de Ligorio, refiriéndose á una máxima del gran doctor de la penitencia, San Juan de la Cruz, no vacila en afirmar que quien no admita tal doctrina, no debe ser creído, aun cuando lo probase con milagros. ⁽²⁾ La Iglesia mira tan esencialmente esta señal de los verdaderos esfuerzos hacia la perfección, que, tratándose de los siervos de Dios que no hayan muerto mártires, se abandonaría al punto su proceso de canonización, si se pudiera probar que no amaban la mortificación, aun cuando, fuera de eso, nos ofreciesen señales extraordinarias de santidad. ⁽³⁾

Pero, como para la mayor parte de los hombres, la mortificación sensible es en gran parte lo más necesario que hay, y que, sin ella, no pueden siquiera llegar al comienzo del bien, resulta de ahí que por lo general la palabra *mortificación* obliga tan sólo á pensar en su especie más secundaria.

(1) Aquí nos complacemos en recordar á los directores de almas lo que hemos dicho en otra parte sobre la abstinencia de bebidas alcohólicas, á fin de salvar de los mayores peligros á la juventud.

(2) Alphons. Ligori, *Homo apost.*, *append.*, 1, 3, 25.

(3) Bened. XIV, *Beatif. et canonis.*, 3, 28, 1, 18; 29, 8.

Esto es, por otra parte, fácil de explicar, puesto que, las más de las veces, cuesta mucho trabajo hacer aceptar por el mundo la más mínima cantidad de este último grado de mortificación. Tocante á las prácticas voluntarias de esta virtud, manifestamente no hay para qué hablar de ellas. ¡Si solamente la que se pide á todos los cristianos se practicara! Mas en tanto que se impone á los venados, en los jardines zoológicos, un día de ayuno á la semana, como medida sanitaria, los hombres tratan de persuadirse de que morirían si guardasen el precepto de la Iglesia que manda ayunar en días determinados, á pesar de hacer constantemente la prueba de que, con nuestros excesivos cuidados, las fuerzas del hombre redúcense cada vez más, y que las pasiones van siempre acercándose á las de las bestias feroces.

Ante tal obstinación en no querer instruirse, es predicar en desierto. Si el más elocuente de los oradores de la penitencia—queremos referirnos á la miseria de los tiempos, que quiere apenas darnos aún el pan de cada día—no puede llevarnos á que nos limitemos en nuestros deseos, ¿qué predicador podrá entonces conseguirlo? Y si la humanidad no quiere resistir al más grosero de todos los instintos, el placer del gusto, ¿quién se atreverá entonces á decirle que, para quien pretenda vida pura, es elemental el sujetar todos los malos instintos, principalmente el más peligroso de todos los sentidos, el sentido del tacto?

Que eso agrade ó no, ténganse ó no probabilidades de salir airosamente, necesario es, no obstante, decirlo. Y precisamente porque es, al parecer, muy poco conforme con la época, necesario es proclamarlo en alta voz. Cuanto mayores son la molicie y la sensualidad, más apremiante debe ser el llamamiento á vigorizarse y á la austeridad. Si, antes de ahora, edades de hierro creyeron deber ponerse en guardia contra el sentido del tacto, valiéndose de medios especiales, usando cilicios, duros lechos, ¿quién podría entonces negar la necesidad de semejantes mortificaciones en nuestra época de molicie y de cobardía?

Por otra parte, cualquiera que sea la necesidad de hablar de este género de mortificación en la hora presente, no es razón para creer que sea la principal especie, y menos aún que es la mortificación completa.

La mortificación física no es más que el comienzo de la mortificación, y un comienzo muy imperfecto. Otros dos grados son mucho más elevados y más importantes: la mortificación de los sentidos ⁽¹⁾ y la mortificación del alma. ⁽²⁾ Ambas especies son necesarias y posibles á todos, aun á los que con razón dicen que no pueden practicar, ó no tienen necesidad de practicar la primera categoría. Entre nuestros sentidos, no hay uno que no ofrezca múltiples peligros á la pureza del corazón, si hay descuido en mortificarle. Pero hay dos que se hallan tan estrechamente ligados con nuestro interior que, de su vigilancia, depende no solamente el recogimiento, la calma, la pureza, sino la vida del alma entera. Son las puertas de entrada y salida del alma: los ojos y la lengua. Por eso, quienes toman con formalidad á pechos su salvación y sus adelantos en la vida espiritual, trabajan siempre en someter esos dos sentidos con tal ansiedad, que con frecuencia, vista la indiferencia nuestra, parécenos exagerada.

Pero para San Luís Gonzaga no era una exageración el dominar de tal modo su vista, que casi necesitase un guía; tanto que apenas conocía la casa que habitaba. ⁽³⁾ No era una exageración para Santa Clara de la Cruz, quien ni siquiera quería mirar el retrato de un hombre, ⁽⁴⁾ ni para San Pedro de Alcántara, que, durante tres años, no vió más que el suelo que se extendía ante él, ni miraba los vestidos de las mujeres, ni, con mayor razón, sus semblantes, y que no parecía sino que tenía ojos para no ver, y oídos para no oír. ⁽⁵⁾

(1) Alvarez a Paz, II, l. 2, p. 2; Saint-Jure, 3, 22, 8, 9.

(2) Alvarez a Paz, II, l. 2, p. 3; Rossignol, *Christ. perf.*, 2, 9 y sig. Surin, *Catéchisme*, XIII, XIV.

(3) Cepari, *Vita S. Aloys.*, 1, 2, 30; 5, 63; 2, 1, 128.

(4) Mosconius, *Vita S. Clarae Montefalc.*, 3, 25.

(5) Ioan. a S. Maria, *Vita S. Petri Alc.*, 2, 16 y sig.